

BIBLIOTECA



Carta de relació eñbiada a su. S. majestad del èpa-
 dor nro señor por el capitá general dela nueva spaña: llamado fernádo cor-
 tes. En la q̄l haze relació dlas tierras y prouicias sin cuéto q̄ há descubierto
 nueuaméte en el yucatá del año de .xix. a esta pte: y ha sometido ala corona
 real de su .S. A. En especial haze relació de vna grádissima prouicia muy
 rica llamada Culua: éla q̄l ay muy grádes ciudades y de maravillosos edi-
 ficios: y de grádes tratos y riq̄zas. Entre las q̄les ay vna mas maravillosa
 y rica q̄ todas llamada Timixtitá: q̄ esta por maravillosa arte edificada so-
 bre vna gráde laguna. dela q̄l ciudad y prouicia es rey vn grádissimo señor
 llamado Auteecuma: dōde le acaeció al capitá y a los españoles espáto-
 sas cosas de oyr. Cuenta largaméte del grádissimo señorio del dicho Au-
 teecuma y de sus ritos y cerimonias. y de como se sirue.

América en los libros

El autor intelectual, Juan Martini, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2000.

Antes de ser herido por Ulises, Polifemo exige «saber inmediatamente tu nombre»; la respuesta de Ulises no deja de ser, por lo menos, curiosa: «Mi nombre es Nadie; y Nadie me llaman mi madre, mi padre y mis compañeros todos». (*Odisea*, Rapsodia IX). En efecto, luego de herirlo, puede seguir con sus compañeros el viaje de retorno a Ítaca. ¿Por qué, entonces —y la pregunta no se revela como impertinente—, Ulises decide ocultar su nombre? La respuesta no puede dejar de ser tentativa: porque nombrarse supone descubrirse, exponerse. «El desenlace —afirma Steiner en *Después de Babel*— aparece con el acto de nombrar». En la narrativa de Martini, sin embargo, el desenlace no aparece con el acto de nombrar. Nombrar —hacia fuera— es un gesto fundacional y privilegiado (y, acaso, irreplicable: baste rever *Génesis*, II, 19-20), pero no así nombrarse, sino nombrar a otro en nombre de sí mismo. Esto es, nombrarse ocultando, nombrarse otro ante la imposibilidad de ser radicalmente otro (anhelo de cuño místico), lo cual no deja de configurar un ademán extremo en busca del alivio (la

liberación) que puede procurar la alteridad. Nombrarse otro supone quedar relevado, al menos transitoriamente, del yo que se es. Nombrarse «Nadie» supone resguardarse bajo la liberadora advocación de la Nada. Ser otro, entonces, como agrega con acierto Steiner, «ante sí mismo o ante el mundo, es explotar la función ‘alternativa’ del lenguaje del modo más pleno y ontológicamente liberador». (*Ob. cit.*). Es probable que desde este punto de vista se pueda analizar de modo más comprensivo el papel preponderante que en la práctica de la escritura juegan los pseudónimos y los heterónimos, desde Kierkegaard hasta Pessoa.

El autor intelectual es una novela de Martini. Esta afirmación, más que una noticia bibliográfica, supone un encadenamiento de temas y preocupaciones que caracterizan toda la narrativa del autor. El «nombre», el acto de enunciar un nombre propio, es una obsesión que recorre cuatro novelas unidas por un mismo protagonista (Juan Minelli): *Composición de lugar* (1984), *El fantasma imperfecto* (1986), *La construcción del héroe* (1989), *El enigma de la realidad* (1991). El presente texto comienza diciendo: «No me llamo Mauro. Midori me llama Mauro». De un personaje se recuerda que siempre decía: «No soy judío y no

me llamo Joseph». Él mismo confirma: «Lo único que quiero que sepa es que yo no soy Joseph Fuchs». El narrador en primera persona (un escritor) abunda: «Me pregunté durante algunos meses, al principio, cuando acababa de mudarme a esta casa, por qué Midori me llamaba Mauro. Pensé, un día, que quizás ella había leído mal mi nombre en alguna parte, en un diario, en una revista...». A partir de que la identidad se define por vía negativa («no me llamo», «yo no soy»), la pretensión de saber (quién es) se precipita en un no saber y en un vértigo de diversidad: quien no es quien parece ser y quien no se llama de esa manera, puede ser y llamarse de infinitos modos posibles. Si la singularidad recorta y cristaliza, la pluralidad somete a la condena (y, acaso, al alivio) de lo múltiple. Entre ambas opciones, se alza la oscura enunciación de la tautología («Yo soy el que soy»).

Lo que en el orden nominal se abisma en un no saber, en el orden temporal se resuelve en fractura. En *El autor intelectual*, Martini ensaya un curioso uso de los conectores lógicos de la gramática («Pero un poco más tarde», «Por eso», «Así es cómo», «Así que»); éstos no retoman ni concluyen el tema precedente, no se articulan como nexos ni como derivativos, sino que abren de modo abrupto otro espacio argumental. El trabajo, pues, que hace Martini puede leerse como un

intento agónico de quebrar una progresión temporal de hierro. Identidad lábil y tiempo abierto que no se clausura parecen ser los dos planos sobre los que se desarrolla una perplejidad: el acto de escribir.

Un interrogante imperaba sobre una novela anterior del autor (*La vida entera*, 1981): «¿qué historia es ésta?». Aquí, la pregunta cambia su enunciación, pero no su sentido: «¿de qué hablamos?», «¿de quién hablamos?» Tal vez sea legítimo pensar que es una pregunta que trasciende la esfera argumental (lo narrado) para asentarse en la reflexión en torno de la lengua: qué palabras dan cuenta de una escritura. No es azaroso que el narrador reflexione: «En el sobre hay fotos. Esas fotos tienen 25 años. Lola Ongaro no era ni siquiera una previsión o una contrariedad cuando fueron tomadas. Debería decir *sacadas*. Se dice: *Sácame una foto, Te voy a sacar una foto, Saquémonos una foto*. No sé por qué». (El subrayado corresponde al original.) La escritura está atravesada por la perplejidad no sólo porque, como agudamente advierte Blanchot en *El espacio literario*, el escritor no se lee, no puede, en rigor, leerse; sino porque no sabe la razón por la cual se somete —de tal o cual manera— a la radical arbitrariedad de su lengua. O mejor: no debe saberla para poder continuar la práctica de su escritura, debe ignorar su escritura para poder desarrollarla.